

MOBY DICK

Adaptación de los capítulos XV al XXX

(Versión resumida para facilitar la comprensión de la novela)

XV.- Caldereta de pescado

La noche estaba muy avanzada cuando Queequeg y yo desembarcamos por fin en Nantucket. Tras caminar bajo un cielo oscuro y gélido, siguiendo las confusas instrucciones del posadero de New Bedford, logramos divisar el letrero de "Las Marmitas de Destilación". El lugar, propiedad de Hosea Hussey, nos recibió con un aroma que me hizo olvidar de inmediato el cansancio del viaje. Al entrar, noté que la decoración era una oda al océano: desde el suelo empedrado con conchas hasta los adornos de espinas de pescado en las paredes. Me sentí como si estuviéramos entrando en el vientre de una ballena de madera, un refugio cálido frente al viento cortante que soplaba fuera.

La señora Hussey, una mujer de carácter fuerte y pocas palabras, no nos dio tiempo ni de quitarnos los sacos. "¿Almejas o bacalao?", nos espetó sin preámbulos. Yo, un poco desconcertado por su brusquedad, traté de pedir una explicación sobre el menú, pero ella simplemente repitió la pregunta con más impaciencia. Finalmente, optó por las almejas, y poco después apareció ante nosotros una fuente humeante de caldereta. Nunca en mi vida había probado algo tan reconfortante. Era un guiso espeso, lleno de almejas pequeñas y tiernas, mezcladas con trozos de cerdo salado y galletas de barco que se deshacían en la boca, todo bañado en una salsa de mantequilla y pimienta que me devolvió la vida al primer sorbo.

Mientras comíamos, observé a Queequeg, quien parecía disfrutar tanto como yo, aunque manejaba su cuchara con la misma destreza con la que lanzaba su arpón. Me llamó la atención que incluso la leche que nos sirvieron tenía un ligero regusto marino; la señora Hussey nos explicó que sus vacas solían pastar restos de pescados en la playa cuando la hierba escaseaba. Aquella cena fue mi primer contacto real con la esencia de Nantucket, un lugar donde el mar no es solo un horizonte, sino el ingrediente principal de la vida misma. Antes de subir a descansar, la dueña nos arrebató el arpón de Queequeg, alegando que no permitía "armas peligrosas" en las habitaciones por seguridad de los huéspedes, y nos mandó a dormir tras preguntarnos qué pescado preferiríamos para el desayuno.

XVI.- El barco

Al amanecer, me encontraba listo para ir al puerto y elegir nuestro destino para los próximos tres años, pero Queequeg me detuvo. Me explicó que su pequeño dios Yojo le había revelado, tras una noche de consultas, que yo debía ser el único encargado de seleccionar el barco. Según él, Yojo ya tenía un favorito y mi instinto me guiaría hacia él. Aunque me pareció una responsabilidad enorme, pues mi experiencia en barcos balleneros era nula, acepté el encargo por respeto a mi compañero y me dirigí solo hacia los muelles de Nantucket, dejando a Queequeg en su propio ritual de ayuno.

Tras descartar un par de embarcaciones que no me daban buena espina, me detuve frente al *Pequod*. No era un barco nuevo ni reluciente, sino una nave con historia, un veterano de mil batallas contra el hielo y el viento. Su casco estaba oscurecido por los años y sus cubiertas estaban adornadas con trofeos de caza: huesos de ballena tallados con intrincados diseños que servían de barandillas y remates. Parecía un rey bárbaro del océano. Al subir a bordo, me encontré con el capitán Peleg, un hombre de aspecto rudo y voz de trueno, que estaba sentado en una extraña tienda hecha de barbas de ballena. Peleg comenzó a cuestionar mi deseo de ser ballenero con un sarcasmo que me puso a prueba, preguntándome si sabía lo que era enfrentarse a un monstruo capaz de destruir un bote de un coletazo.

Fue en esa entrevista donde escuché por primera vez, con cierto temor, el nombre del capitán Ahab. Peleg me aseguró que Ahab era un hombre grandioso, un "tipo tremendo" que había luchado contra las bestias más feroces del mar y que, en uno de esos encuentros, había entregado su pierna a las fauces de un cachalote. Mientras firmaba el contrato bajo la mirada severa del capitán Bildad, un cuáquero extremadamente ahorrativo que quería darme la paga más baja posible —la setecientas setenta y sieteava parte—, sentí una mezcla de orgullo y escalofrío. Finalmente, Peleg me puso por la trescientosava parte. Había elegido un barco con alma, pero también con una sombra. Al bajar por la pasarela, supe que el *Pequod* no era solo una herramienta de trabajo, sino un destino que ya empezaba a atraparnos.

XVII.- El Ramadán

De regreso en la posada, me encontré con que Queequeg había iniciado lo que él llamaba su "Ramadán", un periodo de ayuno y meditación absoluta. Respeté su soledad durante el día, pero al llegar la noche y ver que seguía encerrado sin emitir sonido alguno, la preocupación empezó a carcomerme. Intenté abrir la puerta, pero estaba bloqueada por dentro. Al mirar por la cerradura, lo vi allí, sentado en el suelo en una posición imposible, completamente inmóvil, con su pequeño ídolo Yojo equilibrado sobre su cabeza. Parecía haber abandonado este mundo para entrar en un estado de trance del que nadie podía despertarlo.

Pasé horas angustiado, imaginando que mi amigo había sufrido algún tipo de colapso físico o una apoplejía. Llegué incluso a pedir ayuda a la señora Hussey, quien, lejos de preocuparse inicialmente por la salud de Queequeg, temía que hubiera muerto y que eso "manchara" la reputación de sus habitaciones o fuera la ruina de su casa. Finalmente, incapaz de aguantar más la incertidumbre y tras una disputa con la patrona que no quería que destrozara sus puertas, eché la entrada abajo de un hombro. Queequeg no se inmutó; permaneció como una estatua de madera hasta que el sol empezó a asomar por la ventana al día siguiente.

Cuando por fin "regresó" a nosotros, se incorporó con las articulaciones rígidas y me anunció que había terminado su Ramadán. Traté de razonar con él sobre los peligros de llevar el cuerpo a tales extremos de inanición. Le hablé de la importancia de la salud para un marino y de cómo esos rituales de ayuno debilitaban el espíritu y eran opuestos al sentido común. Él me escuchó con una sonrisa paciente, casi compasiva, como si yo fuera un joven perdido en la piedad evangélica que no comprende las leyes del universo. En ese momento comprendí que, aunque éramos amigos inseparables, su mundo espiritual siempre sería un misterio para mí. A pesar de nuestras diferencias, bajamos juntos a desayunar calderetas de pescado, compartiendo un respeto mutuo.

XVIII.- Su señal

Cuando llegamos al extremo del muelle para subir al barco, Queequeg llevaba su fiel arpón al hombro como si fuera una extensión de su propio brazo. El capitán Peleg nos saludó desde su cabaña de huesos con su voz áspera, diciendo que no aceptaría caníbales a bordo a menos que mostraran sus papeles. Salté a las amuradas para defender a mi amigo, pero entonces apareció la cabeza del capitán Bildad, quien con voz hueca añadió que Queequeg debía demostrar que estaba convertido a la fe cristiana. Me preguntaron si pertenecía a alguna iglesia y aseguré que era miembro de la Primera Iglesia Congregacionalista.

Ante la insistencia de Bildad por saber a qué iglesia me refería exactamente, le expliqué que mi amigo pertenecía a la antigua Iglesia Universal, esa gran congregación que nos une a todos en una sola creencia en adoración, sin importar nuestras pequeñas extravagancias. Peleg,

impresionado por mi discurso, me dijo que mejor me hubiera embarcado como misionero, pero que no nos preocupáramos por los papeles si el "Quohog" —como llamaba erróneamente a Queequeg— sabía manejar el arpón. Queequeg no necesitó palabras; saltó a una lancha y, apuntando a una mancha de brea en el agua, lanzó su hierro con tal precisión que la hizo desaparecer ante los ojos de los capitanes.

Impresionados por su destreza, lo llevaron a la cabina para firmar el contrato. Peleg le ofreció la parte noventa, una paga excepcional. Cuando llegó el momento de poner su nombre, Queequeg tomó la pluma y copió una exacta reproducción de una extraña figura que llevaba tatuada en el brazo. Así quedó registrado: "Quohog, su señal". Mientras tanto, Bildad no dejaba de sermonearlo con folletos religiosos sobre el Día del Juicio y de pedirle que abandonara sus ídolos paganos. Peleg, sin embargo, le gritó que dejara de echar a perder a nuestro arponero, pues los arponeros piadosos nunca eran buenos navegantes; para cazar ballenas se necesitaba fiereza.

XIX.- El profeta

Queequeg y yo acabábamos de dejar el *Pequod* y caminábamos tranquilamente cuando nos detuvo un desconocido de aspecto desastroso. Iba vestido con un chaquetón descolorido, pantalones remendados y tenía la cara marcada por la viruela. "¿Os habéis enrolado en ese barco?", nos preguntó señalando al *Pequod* con un dedo inquisidor. Cuando le confirmé que acabábamos de firmar, nos lanzó una pregunta inquietante: "¿Y se hacía constar algo en el contrato sobre vuestras almas?". Sus palabras me pusieron nervioso, especialmente cuando sugirió que quizá no tuviéramos almas o que eso daba igual.

Traté de seguir mi camino, pensando que el tipo estaba loco, pero él nos detuvo preguntándonos si ya habíamos visto al "Viejo Trueno", que era como algunos marineros llamaban al capitán Ahab. Le dije que sabíamos que estaba enfermo pero que pronto estaría bien, a lo que él respondió con una risa solemne y despreciativa. Elías —que así dijo llamarse— empezó a soltar advertencias sobre cosas que le habían pasado a Ahab: un incidente en el Cabo de Hornos donde estuvo como muerto tres días, una esgrima mortal con un español ante un altar y una profecía sobre la pérdida de su pierna.

Me irrité con su charla ambigua y le dije que ya sabía todo sobre la pérdida de la pierna por el cachalote. Elías se quedó un momento como en un sueño turbado y luego nos despidió con una mezcla de lástima y bendiciones. "Lo que está firmado, firmado está", murmuró, lamentando habernos detenido. Mientras nos alejábamos, no pude evitar volverme y lo vi siguiéndonos a distancia, espiándonos desde las esquinas. Sus sugerencias embozadas sobre la pierna perdida, la predicción de la india Tistig y el carácter de Ahab llenaron mi mente de sospechas sombrías y presentimientos que no lograba sacudirme del todo.

XX.- En plena agitación

Pasaron un par de días y el *Pequod* se convirtió en un hervidero de actividad constante. Se remendaban velas viejas, se subían rollos de jarcia y piezas de lona nueva; todo indicaba que los preparativos se apresuraban a su conclusión. El capitán Peleg permanecía casi siempre a bordo en su cabaña de huesos vigilando a la tripulación, mientras Bildad se encargaba de las compras y provisiones en los almacenes. Nos avisaron que debíamos llevar nuestros cofres al barco antes de la noche, pues no cabía prever qué pronto podría zarpar el barco, aunque al final no salió en varios días.

Equipar un ballenero es como llevar una casa entera sobre el océano durante tres años. Necesitábamos de todo, pues estaríamos lejos de médicos, panaderos y banqueros. Por eso llevábamos botes, vergas, estachas y arpones de repuesto, casi todo duplicado salvo el capitán. El aprovisionamiento incluía carne, galletas, agua y combustible. En medio de este jaleo, la figura más destacada era la hermana de Bildad, la tía Caridad, una anciana infatigable que subía a bordo tarros de adobos, plumas para el escritorio y mantas para los marineros.

Verla el último día con un cucharón en una mano y un arpón en la otra era una imagen desconcertante. Durante esos días, Queequeg y yo visitamos la nave con frecuencia y siempre preguntaba por el capitán Ahab. Me decían que estaba cada vez mejor y que subiría a bordo pronto. Si hubiera sido sincero conmigo mismo, habría admitido que no me gustaba comprometerme a un viaje tan largo sin haber visto ni una vez al hombre que sería nuestro dictador absoluto en alta mar. Pero cuando uno sospecha que algo no va bien y ya está metido en el asunto, se esfuerza por esconder sus sospechas ante sí mismo. Así que no dije nada hasta que se anunció que el barco zarparía al día siguiente.

XXI.- Yendo a bordo

Eran casi las seis de la mañana, en un amanecer gris y neblinoso, cuando Queequeg y yo nos acercamos al muelle. En la penumbra, creí ver a unos marineros corriendo delante de nosotros hacia el barco, pero el aire incierto me hacía dudar. De pronto, Elías apareció de nuevo, deteniéndonos e introduciéndose entre los dos con extrañas ojeadas. Preguntó con insistencia si íbamos a bordo. Traté de apartarlo, pero él volvió a deslizarse hasta nosotros y me preguntó si había visto a aquellos hombres corriendo hacia el barco hace un rato.

Le confirmé que me pareció ver a cuatro o cinco hombres en la oscuridad. Elías se despidió con un "adiós, muchachos" que sonaba a advertencia, diciendo que quizá no nos volvería a ver pronto. Subimos al barco y lo encontramos en una calma profunda, sin un alma que se moviera. Las escotillas estaban cerradas y la cabina atrancada. Bajamos al castillo de proa y solo encontramos a un viejo aparejador durmiendo profundamente sobre unos cofres. Queequeg

decidió sentarse encima de él tranquilamente, explicándome que en su país los reyes usaban a la gente perezosa como otomanas cómodas.

Nos pasamos la pipa-hacha sobre el cuerpo del hombre que seguía roncando. Finalmente, el vapor del tabaco despertó al aparejador, quien se incorporó frotándose los ojos. Nos informó que el barco zarparía ese mismo día y que el capitán Ahab ya había llegado a bordo la noche anterior. Sentí un escalofrío al saber que Ahab estaba allí, aunque invisiblemente reservado en su cabina. Pronto oímos ruidos en cubierta; Starbuck, el primer oficial, ya estaba en movimiento. Salimos a la cubierta y vimos que la tripulación empezaba a llegar en grupos, preparándose para el inicio del viaje.

XXII.- Feliz Navidad

Al fin, hacia el mediodía, después de que la tía Caridad nos alcanzara con los últimos regalos — un gorro de dormir para Stubb y una Biblia para el mayordomo—, el *Pequod* fue halado del muelle. Los capitanes Peleg y Bildad salieron de la cabina y Peleg ordenó llamar a todos a cubierta para pasar revista. Me sorprendió que Ahab todavía no se viera por ninguna parte, aunque decían que estaba preparado en su cabina. Todo el mando del puerto seguía en manos de Peleg y Bildad.

Peleg andaba por la toldilla gritando órdenes ruidosas: "¡Derribad la tienda!" y "¡Al cabrestante!". Bildad, que también era piloto, se encargaba de mirar el ancla y entonaba lúgubres estrofas de salmos para animar a los marineros, aunque poco antes les había prohibido canciones profanas. Me vi envuelto en el frenesí de levar el ancla; el capitán Peleg, al verme detener mi espeque por un momento, me propinó un repentino y fuerte golpe en el trasero para que saltara y corriera con más energía. Fue mi primer golpe en el barco.

Finalmente, el ancla se levó y nos deslizamos adelante en un día de Navidad corto y frío. Al caer la noche, nos encontramos en alta mar en el invernal océano, envueltos en hielo como en una armadura pulida. Bildad mandó la primera guardia y sus notas firmes de salmos resonaban entre los vientos aullantes. Al llegar el momento de despedir a los pilotos, Peleg y Bildad mostraron una gran renuencia a marchar, especialmente Bildad, que se demoró mucho tiempo mirando el barco en el que había invertido sus ahorros. Tras tres hurras, se dejaron caer en el bote de regreso y nos sumergimos ciegamente en el solitario Atlántico.

XXIII.- La costa a sotavento

En aquella aterradora noche de invierno, mientras el *Pequod* metía su proa en las olas gélidas, vi a un hombre firme en la caña del timón: Bulkington. Lo había conocido brevemente en la posada de New Bedford, recién desembarcado de un viaje de cuatro años. Parecía que la tierra le abrasaba los pies, pues volvía a lanzarse de inmediato a otra temporada de tormentas. Para un barco agitado por las galernas, la costa y el puerto son el más terrible peligro; debe rehuir toda hospitalidad de la tierra firme.

Un solo toque de la tierra podría hacer estremecer al barco entero; por eso lucha con los vientos para alejarse de ella y buscar el desamparo del mar abierto. Comprendí que en Bulkington se reflejaba una verdad mortalmente intolerable: que todo pensamiento profundo no es sino el esfuerzo intrépido del alma para mantener la independencia de su mar, mientras los vientos conspiran para lanzarla a la traidora orilla. Solo en estar lejos de tierra reside la más alta verdad, sin orilla y sin fin, como Dios.

Sentí una mezcla de respeto y temor por aquel marinero. Su destino era perecer en ese aullar infinito antes que ser lanzado sin gloria a sotavento, aunque ello fuera salvación. "¡Ten ánimos, Bulkington!", pensaba yo mientras lo veía mantenerse fieramente como un semidiós entre el salpicar de las olas. Aquel capítulo de apenas seis pulgadas era su tumba sin lápida. Comprendí que la verdadera gloria de un hombre reside en su lucha por la independencia espiritual en el mar abierto de la existencia, lejos de las seguridades de la tierra firme que a menudo esclavizan el alma.

XXIV.- El abogado defensor

A medida que Queequeg y yo nos asentamos en el barco, me di cuenta de que mucha gente en tierra considera la pesca de la ballena como una ocupación antipoética y deshonorosa. Sienten que no llega a ser más que una tarea parecida a la del matarife y que nos rodea la suciedad. Pero yo quiero convencer a todos de la injusticia que nos hacen. Si somos matarifes, también lo han sido los jefes militares honrados por el mundo. Además, el peligro que enfrentamos contra la cola del cachalote realza nuestra profesión por encima de la del soldado.

El mundo nos desprecia, pero nos rinde un homenaje inconsciente, pues casi todas las luces que arden alrededor del globo lo hacen a nuestra gloria gracias al aceite que traemos. Los balleneros hemos sido pioneros que han enlazado las partes más remotas de la tierra, explorando mares que no estaban en los mapas. Hemos servido de intérpretes ante los salvajes y docenas de capitanes anónimos de Nantucket han sido tan grandes como Cook o Vancouver.

Fue el ballenero quien irrumpió en las colonias españolas, ayudando indirectamente a la liberación de Perú, Chile y Bolivia. Australia y las islas de Polinesia confiesan la misma verdad: el barco ballenero les dio el mundo ilustrado y salvó a emigrantes de morir de hambre. Incluso

tenemos escritores famosos: desde el poderoso Job hasta Alfredo el Grande. Tenemos sangre real en las venas y la ballena es un pez real por ley y una constelación en el cielo. Por eso, afirmo con orgullo que un barco ballenero fue mi universidad de Yale y mi Harvard.

XXV.- Apéndice

Para sostener la dignidad de nuestro oficio, no querría aducir más que hechos comprobados. Pero no puedo dejar pasar una hipótesis que habla elocuentemente a nuestro favor: la unción de los reyes en sus coronaciones. Se sabe que la cabeza de un rey es solemnemente aceiteada, igual que se unge la maquinaria o una lechuga en ensalada. En la vida corriente, consideramos bajo al tipo que huele a ungüento, pero aquí se trata de considerar qué clase de aceite se usa en tales procesos reales.

Ciertamente no puede ser aceite de oliva, ni de ricino, ni de hígado de bacalao. ¿Cuál es posible que sea entonces, sino el aceite de ballena en su estado natural, el más grato de todos los aceites? Así que, ¡pensad en eso, leales británicos! Nosotros, los balleneros, proporcionamos a vuestros reyes y reinas la materia misma de la coronación. Esta reflexión me hace sonreír mientras trabajo en cubierta, rodeado de la grasa y el esfuerzo diario de nuestra tarea.

Hay una conexión sagrada entre el trabajo rudo de un marinero y el brillo de una corona en una catedral lejana. No somos solo cazadores; somos los proveedores de la esencia que distingue a los soberanos. Cada vez que procesamos un leviatán, estamos extrayendo la sustancia que consagra a la nobleza. Por eso, nadie debería mirar con desprecio al ballenero, pues sus manos han tocado el material máspreciado de la realeza. Nuestra profesión tiene una importancia que trasciende los mares y llega hasta los tronos más elevados de la tierra.

XXVI.- Caballeros y escuderos (I)

El primer oficial del *Pequod* era Starbuck, un hombre de Nantucket y cuáquero por descendencia. Era largo, serio y de una carne tan dura como la galleta bizcocha. Parecía condensado por el sol y la sequía, irradiando una vitalidad interior que le permitía soportar todos los climas. Mirándole a los ojos, uno veía las imágenes de los múltiples peligros que había afrontado con calma; era un hombre de acción, no de palabras.

Era insólitamente concienzudo y dotado de una honda reverencia natural, aunque su vida solitaria le inclinaba a la superstición. Tenía una regla clara: "No quiero en mi bote a ninguno que no tenga miedo de la ballena". Para él, el valor más útil es el que surge de la estimación realista del peligro; pensaba que un hombre totalmente sin miedo es un compañero peligroso. No iba en una cruzada en busca de peligros, sino que veía el valor como una provisión necesaria que no debía derrocharse locamente.

Starbuck recordaba siempre el destino de su padre y su hermano, perdidos en las profundidades, lo que le hacía un hombre extremadamente cuidadoso. Sin embargo, a pesar de su fortaleza, sentía que su valor podría hundirse ante terrores espirituales más espantosos, como el ceño fruncido de un hombre colérico. Para mí, Starbuck representaba la dignidad democrática que irradiaba desde Dios hacia todos los hombres. En su brazo, al blandir una pica, veía esa igualdad divina que nos envuelve a todos, desde el más bajo marinero hasta los grandes héroes de la historia.

XXVII.- Caballeros y escuderos (II)

El segundo oficial era Stubb, natural de Cabo Cod y de carácter despreocupado. Tomaba los peligros con un aire indiferente, manejando su arpón con la frialdad de un hojalatero mientras silbaba o canturreaba melodías de rigodón. Para él, las fauces de la muerte eran como una butaca cómoda. Su buen humor casi impío debía de ser producto de su pipa, que siempre llevaba cargada y que fumaba constantemente para desinfectarse de las miserias mortales.

El tercer oficial era Flask, un joven rubicundo y belicoso de Martha's Vineyard. No sentía ninguna reverencia por los leviatanes; para él, una ballena era solo una "rata de agua gigante" que debía ser destruida por honor personal. Su falta de temor le hacía ver el viaje como una broma divertida. Estos tres oficiales mandaban las lanchas del *Pequod* y cada uno tenía a su lado a un arponero como escudero. Starbuck eligió a Queequeg.

Stubb llevaba a Tashtego, un indio puro de Gay-Head con rasgos de serpiente y una atezada robustez. Flask tenía como escudero a Daggoo, un gigantesco salvaje negro con ademanes de león imperial y grandes aros de oro en las orejas. Aquel grupo de "aislados", federados ahora bajo una sola quilla, formaba una representación de todos los confines de la tierra. Allí estaba también el pequeño Pip, el negro de Alabama, que con su tamboril preludiaba el momento eterno en que le llamarían a las alturas, siendo aquí llamado cobarde y allí saludado como héroe.

XXVIII.- Ahab

Durante varios días después de dejar Nantucket, no se vio nada del capitán Ahab a la altura de las escotillas. Yo lanzaba una mirada a popa en cada guardia buscando su cara, alimentado por una inquietud vaga que las advertencias de Elías habían convertido en locura. Aunque la tripulación era un grupo bárbaro y abigarrado, el aspecto de los tres oficiales —Starbuck, Stubb y Flask— infundía confianza en el viaje. Ahab seguía siendo un supremo señor invisible encerrado en su cabina.

Una mañana gris, finalmente lo vi en su alcázar. Su figura alta y ancha parecía de bronce macizo, como el Perseo fundido de Cellini. Una marca delgada y blanquecina recorría un lado de su cara y cuello, como la grieta de un rayo en el tronco de un gran árbol. Pero lo más sobrecogedor era su bárbara pierna blanca, hecha en el mar con el pulido hueso de la mandíbula de un cachalote. Se mantenía firme apoyando esa pierna en un agujero de taladro en la tabla de cubierta.

Ahab miraba derecho más allá de la proa con una voluntad decidida e inexpugnable, mientras sus oficiales mostraban una conciencia incómoda bajo su mirada de mando. Tenía una crucifixión en la cara, con toda la dignidad real de algún dolor poderoso. Conforme el cielo se puso menos sombrío, Ahab fue siendo cada vez menos un recluso y estuvo casi continuamente al aire libre. Pero allí plantado, parecía tan innecesario como otro mástil, con nubes acumuladas en su entrecejo, ajeno a las brisas cálidas que empezaban a soplar.

XXIX.- Entra Ahab; después, Stubb

Transcurrieron varios días y el *Pequod* navegaba por la clara primavera cerca de los trópicos. Las noches estrelladas y solemnes invitaban al descanso, pero el capitán Ahab parecía desvelado, como si no quisiera tener nada que ver con nada que se pareciera a la muerte. Casi cada noche, cuando empezaba el firme silencio de las guardias, el callado timonel observaba salir al viejo de su cabina, a la que llamaba su "fosa". Ahab caminaba por cubierta con el golpe y chasquido reverberante de su pisada de hueso.

Una noche, su humor fue demasiado radical y Stubb, el segundo oficial, subió desde abajo para sugerirle con jocosidad vacilante que buscara un modo de sofocar el ruido de su talón de marfil. Ahab reaccionó con una exclamación despectiva: "¿Soy una bala de cañón para que me quieras poner taco?". Luego, le ordenó con furia: "¡Baja, perro, a la perrera!". Stubb, envalentonado, intentó protestar diciendo que no le gustaba que le trataran así, pero Ahab avanzó contra él con aspecto tan terrible que tuvo que retirarse.

Stubb bajó a la cabina murmurando sobre lo raro que era aquel hombre, preguntándose si debería rezar por él o golpearlo. Recordó que el mayordomo encontraba siempre las sábanas de Ahab arrugadas y calientes, como si una piedra cocida hubiera dormido en ellas. Ahab bajaba a la bodega todas las noches por motivos misteriosos y permanecía despierto casi siempre. Aquel

incidente me hizo comprender que Ahab era el hombre más raro con el que jamás navegaríamos y que su mente estaba llena de enigmas que el resto de nosotros difícilmente podríamos descifrar.

XXX.- La pipa

Cuando se marchó Stubb, Ahab se quedó algún tiempo inclinado sobre la amurada. Mandó llamar a un marinero por su taburete de marfil y su pipa. Al verlo sentado en ese trípode de huesos, no pude menos de acordarme de la realeza que simbolizaba: Ahab era un Khan de la cubierta y un gran señor de los leviatanes. Encendió la pipa en la lámpara de bitácora y comenzó a fumar con bocanadas rápidas y constantes que le volvían a la cara con el viento.

Pero pronto dijo con amargura: "¡Ah, mi pipa!, ¡mal me debe de ir, si tu encanto se ha acabado!". Se dio cuenta de que fumaba a barlovento sin disfrutar, con chupadas tan nerviosas como los chorros finales de una ballena moribunda. La pipa, imaginada para tranquilizar entre blancos y suaves cabellos, ya no tenía lugar entre sus mechones de gris acerado. En un gesto de desesperación y renuncia, arrojó al mar la pipa encendida aún.

Vi cómo el fuego chisporroteó un momento sobre las olas antes de que la pipa se hundiera, dejando solo una pequeña burbuja. Aquel acto marcó un punto de no retorno en Ahab; se desprendía de lo último que le vinculaba con los placeres sencillos de los hombres. Con el sombrero calado, reanudó sus paseos por la cubierta, sumergido en sus oscuros pensamientos y en la búsqueda incansable de su enemigo hereditario en la inmensidad del océano.